



ALEXIS DE TOCQUEVILLE - VIAJES POR INGLATERRA E IRLANDA¹

Lectura para el curso Estructura de la Sociedad Moderna II.

Traducción: Fernando Cubides C.

Viaje por Inglaterra del año 1833. Notas, ideas y observaciones recogidas durante mi permanencia de cinco semanas del mencionado año.

Carnet alfabético:

ARISTOCRACIA: (Escrito el 21 de agosto de 1833)

La aristocracia inglesa ha sido hábil en más de un sentido. Para comenzar, se ha vinculado siempre a los asuntos comunes del país, se ha colocado a la delantera en cuanto a garantizar sus derechos y ha hablado mucho de libertad.

Pero ante todo lo que la distingue de las demás aristocracias es la facilidad con la que abre sus filas. Se ha hablado mucho acerca de que en Inglaterra los hombres de todas las situaciones sociales pueden acceder a los empleos públicos.

A mi juicio eso es menos verdad de lo que se piensa; lo que se toma como una regla es más bien una excepción. En general, la aristocracia lo monopoliza todo, pero cualquier persona puede ingresar, mediante la riqueza, a las filas de la aristocracia. Por consiguiente, en un país tan comercial como Inglaterra donde todo el mundo puede llegar a ser rico se llega, cosa singular, a que los privilegios de la aristocracia, que suscitan pasiones en otros países, sean los que más satisfacen a los ingleses. Pues cada cual al tener la esperanza de ingresar al número de los privilegiados, hace que los privilegios de la aristocracia sea por el contrario de odiosos, apreciados. La causa que ha hecho

¹ Trozos tomados de Tocqueville-voyages en Angleterre et en Irlande. Éditions Gallimard. Collections Idées. 1962.

la aristocracia en Francia el objeto de todos los odios no proviene tanto de que los nobles tengan derecho a todo, sino de que nadie puede llegar a serlo.

Es esa feliz combinación lo que ha hecho, y lo que hace aún, fuerte a la aristocracia inglesa. Posee las pasiones y prejuicios de todas las aristocracias del mundo, pero no está fundada sobre el nacimiento, cosa inaccesible, sino sobre el dinero que cualquiera puede adquirir, y es esta única diferencia lo que le ha permitido resistir, en tanto que las otras sucumben, sea ante los Reyes, sea ante el pueblo.

Luego la aristocracia tiene en Inglaterra, aún en nuestros días una potencia y una fuerza de resistencia que resultan inimaginables para un francés. Las ideas generales que haya podido éste formarse en su país o aún en la mayoría de los otros acerca de la fuerza o debilidad del principio aristocrático es menester que las abandone aquí, pues se haya en un terreno completamente nuevo.

Sin embargo, la aristocracia inglesa a mi juicio se halla expuesta aún a peligros ante los que terminará por sucumbir.

Subrayo en primer lugar que la aristocracia en Inglaterra se apoya no solamente sobre ella misma, sino sobre las pasiones de todas las clases que aspiran ingresar a sus filas. Esto es verdad en la medida en que se aproximan a ella y que las oportunidades de llegar a disfrutar de sus privilegios son mayores. Así el banquero millonario está más próximo a convertirse en un propietario territorial y es naturalmente más partidario de la aristocracia que el simple comerciante de Londres, que el pequeño comerciante de provincia y por último que el obrero.

De allí que, en nuestros días, aquellas clases que no tienen esperanza alguna de llegar a participar de los privilegios de la aristocracia ha llegado a hacer mucho más numerosas de lo que eran antes, son más ilustradas y comprueban con mayor claridad lo que acabo de decir. En cuanto a las clases que tienen oportunidad de llegar a participar de los privilegios de la aristocracia hay una masa de gente que considera que podría llegar a privilegios semejantes por una vía más expedita. El espíritu democrático, que en el continente podría llamarse espíritu francés, ha hecho progresos notables entre ellos.

Creo no obstante que la aristocracia inglesa se halla en situación de luchar de modo ventajoso contra esas dificultades de su posición actual apoyada como está sobre la riqueza y los instintos de la nación, si pudiera dar, como lo hizo

antes, la prosperidad material a las clases inferiores. Para que el hombre del pueblo se encuentre satisfecho en una esfera de la que le es casi imposible salir, es necesario que se halle con un mínimo de bienestar, esto es cierto sobre todo en una época de agitación intelectual y de inquietud moral como la nuestra. Por cierto que el pueblo inglés está acusado por males reales y profundos.

Un francés que va por primera vez a Inglaterra se impacta por la apariencia de comodidad que presenta y no sabría explicar que hace que su pueblo se queje. Bajo ese disfraz brillante se ocultan miserias muy profundas. Por lo demás no es necesario juzgar aquí mediante comparaciones, la experiencia prueba que las necesidades artificiales llegan a ser tan imperiosas como las naturales. De allí procede que tanta gente se haga matar por males que se le antojan imaginarios a sus vecinos. Por ello, para el pueblo inglés, la falta de ciertas superfluidades a la que el largo uso le ha acostumbrado es tan penosa como la falta de vestido o de alimentación para un ruso. Crea en él un sentimiento tan grande de impaciencia, e irritación igualmente grande.

La aristocracia entonces tiene que luchar no sólo con las dificultades generales de toda aristocracia de nuestro tiempo sino también contra pasiones irritadas por el sufrimiento o el malestar.

Persisto en creer, no obstante, que si la aristocracia pudiese formar un cuerpo compacto de todas las clases que tienen esperanza de llegar a compartir sus privilegios, podría resistir aún, puesto que nada es más difícil para un pueblo que hacer una revolución sólo.

En esto radica una incógnita: a medida que la democracia se fortalece aumenta el número de gentes que prefieren las oportunidades próximas de elevación que pueda proporcionar que las lejanas oportunidades que la aristocracia presenta. De allí procede que el pueblo encuentre hasta el momento numerosos apoyos entre hombres cuya posición o cuyo nacimiento debería colocar del lado de la aristocracia.

Se dice además que la nobleza del primer orden ha encontrado los medios para deslindarse de la nobleza del segundo orden, lo que ha llevado a esta a juntar el apoyo a la primera, un apoyo que jamás dejó de proporcionarle antes. El hecho es que la Cámara de los Lores de tres años a esta parte se ha hallado aislada, llegará el momento en que los peligros sean tan inminentes para la aristocracia como un todo y la nobleza del segundo hará causa común con la

del primero, pero para entonces la revolución habrá avanzado tanto que no podrá detenerse.

UNIFORMIDAD²

Inglaterra constituye la prueba de una verdad que yo he reconocido ya en varias ocasiones: la uniformidad en las leyes secundarias en vez de ser un bien es casi siempre un gran mal, pues pocos países hay cuyas partes puedan tolerar la misma legislación en su detalle.

Bajo esa aparente diversidad que golpea la vista del observador superficial y de modo tan fuerte, se halla la verdadera armonía política que consiste en un gobierno apropiado a las necesidades de cada localidad.

En Francia esto no se ve. La uniformidad hasta en los menores casos es una necesidad tan grande para el espíritu francés como el orden y la relación armónica de sonidos para un oído alemán. Debemos agradecer al cielo el ser libres, pues poseemos casi todas las pasiones propias a facilitar el establecimiento de la tiranía...

Volviendo a Inglaterra "una de las grandes dificultades cuando se quiere describir sus instituciones, proviene de su extrema diversidad", me decía Mr. Browning hoy (24 de agosto) Westminster en donde estamos en este momento posee leyes y costumbres municipales enteramente diferentes de las que se ven a millas de aquí en la City. No pretendo que en el caso actual nos apartemos de las grandes ventajas de esa falta de uniformidad, pero el principio de que las leyes municipales deben adecuarse a las localidades y no estar a la leyes municipales es excelente. Lo que os impide descentralizar más la administración en Francia es que os creéis obligados aplicar al mismo tiempo la misma regla en todo vuestro inmenso territorio a aquellos que puedan ya gobernarse solos como a aquellos que son incapaces de hacerlo todavía. Si no tendiérais tanto a la uniformidad, vuestra legislación podría atribuir a cada mal el grado de libertad que esté acorde con su civilización".

Últimas impresiones sobre Inglaterra

Londres 7 de septiembre de 1833.

² Nota de Tocqueville: Ventaja del gobierno federal al prestarse mejor que cualquier otro a la diversidad. Nota para mi obra sobre la democracia en América.

Desde hace un mes que estoy en este país, mezclándome todo lo posible con todas sus clases, escuchando a hombres de todos los partidos, en tanto que me interrogaba a mí mismo, he aquí lo que encuentro de nítido y preciso en mis varias impresiones: llegué a Inglaterra con la persuasión de que el país estaba a punto de precipitarse en la desgracia de una gran revolución. Mi opinión se ha modificado en parte en este punto.

Si se llama revolución todo cambio capital en las leyes, toda transformación social, toda sustitución de un principio regulador por otro, Inglaterra se halla de seguro en estado revolución pues el principio aristocrático que era el principio vital de su constitución pierde fuerza día a día, y es posible que en un tiempo dado, el principio democrático haya tomado su lugar. Pero si denominamos revolución a un cambio violento y brusco, Inglaterra no me parece madura para un acontecimiento semejante, y aún tengo razones para pensar que tal vez jamás lo esté. Lo anterior exige que explique mi pensamiento.

En Inglaterra, un nombre ilustre es una gran ventaja que confiere orgullo a quien lo porta, pero en general puede decirse que la aristocracia está fundada sobre la riqueza, cosa adquirible y no sobre el nacimiento que no lo es. De allí resulta que en Inglaterra se ve bien en donde comienza la aristocracia pero es imposible decir donde termina. Podría compararse con el Rhin, cuya fuente se encuentran en la cumbre de una alta montaña pero que se ramifica luego en miles de arroyos y riachuelos y, por así decirlo, desaparece antes de desembocar en el océano. La diferencia entre Francia e Inglaterra a este respecto puede hallarse al examinar una sola de las palabras de nuestra lengua: *gentleman* y *gentilhomme* tienen evidentemente el mismo origen; pero *gentleman* se aplica en Inglaterra a todo hombre bien educado, cualquiera que sea su nacimiento, en tanto que en Francia *gentilhomme* sólo se aplica a un noble de nacimiento. La diversa significación de estas dos palabras de origen común, como consecuencia del diverso estado social de los dos pueblos, las convierte en intraducibles a menos que se emplee una perífrasis. Esta anotación gramatical nos dice más que largos razonamientos.

La aristocracia inglesa en consecuencia jamás podrá suscitar esos violentos odios que en Francia han animado a las clases medias y al pueblo contra la nobleza, casta exclusiva que al mismo tiempo que acaparaba todos los privilegios hiriendo todas las susceptibilidades, a nadie daba la esperanza de entrar algún día a sus filas.

La aristocracia inglesa se mezcla en todo, es accesible a todos, y aquella que quisiese proscribirla o atacarla como cuerpo tendría muchas dificultades para delimitarla y definirla.

El poder de la aristocracia en Inglaterra, al que podría llamarse dominación de las clases ricas, pierde no obstante con el tiempo su capacidad de extenderse. Ello proviene de varias causas:

La primera resulta del movimiento general impreso al espíritu humano en todo el mundo en nuestros días. El siglo es eminentemente democrático. La democracia se asemeja a la marea que sube, no retrocede sino un tanto para llegar luego con más fuerza sobre sus pasos, y al cabo de un cierto tiempo, nos apercibimos que en medio de sus fluctuaciones no ha cesado de ganar terreno. El porvenir próximo de la sociedad europea es del todo democrático: es indudable. El pueblo comienza entonces en Inglaterra a hacer conciencia que podría participar del gobierno. La clase colocada inmediatamente encima de él, y que no posee el grado de riqueza necesario para sustraerse a sus negocios, experimenta sin embargo aquellos deseos vagos de incremento de bienestar y poder, y llega a ser cada día más numerosa e inquieta. Por lo demás las limitaciones y miserias reales que viven Inglaterra en nuestros días hacen hacer ideas y excitan pasiones que habrían continuado durmiendo por más tiempo todavía si el Estado fuese más próspero.

La marcha irresistible de las cosas conduce entonces al desarrollo gradual del principio democrático. De tal modo cada día se ataca algún nuevo privilegio de la aristocracia; se le hace una guerra lenta y de detalle, pero que infaliblemente terminará por destruirla con el tiempo.

Lo que aumenta aún más en nuestros días la fuerza de la democracia en Inglaterra, es la misma causa a la que se debe atribuirse la larga dominación de la aristocracia en los tiempos precedentes, pues no hay verdad ni bondad absoluta en las cosas humanas.

Mientras que un cuerpo no se componga más que de un cierto número de miembros, perfectamente delimitado y que tiene derecho exclusivo de ciertos privilegios, como la nobleza en Francia, semejante cuerpo reúne sobre su cabeza odios intensos; pero al atacárselo se defiende como un solo hombre, teniendo todos sus miembros un interés cierto y definido en la protección del conjunto.

Así fue como vimos en la época de la Revolución Francesa a los nobles marchar al unísono. Si el esfuerzo hubiese sido tan bien dirigido como fue de grande, tal vez la resistencia hubiese tenido éxito.

Pero en Inglaterra donde los límites de la aristocracia son desconocidos, hay una multitud de sus miembros que comparten hasta cierto grado las ideas democráticas o que ven su interés en la extensión de los poderes populares. De allí procede que en una gran cantidad de cuestiones mientras que la Cámara de los Lores sea de una opinión, el resto de la aristocracia esté con el pueblo. De un lado hay un ataque continuo, del otro, resistencia dividida y a menudo débil.

La aristocracia inglesa caerá entonces menos rudamente y con más lentitud que la aristocracia de Francia, pero pienso que inevitablemente caerá como ésta última.

Tales son las causas generales que me hacen creer que Inglaterra no está amenazada, como se suele creer en Francia, por un cambio violento y rápido en su estado social y político.

Aquí están los síntomas que yo he subrayado y que cualquiera sea la causa a la que se los atribuya, me parece anunciar que la revolución que se espera esta aún lejana de nosotros.

Mientras que un pueblo haya sido tenido durante siglos al margen de todo movimiento político y la ignorancia de todo aquello que se relacione con el gobierno de la sociedad, y que súbitamente le llegue la luz, es imposible de prever cuál será la marcha de sus ideas.

Tal pensamiento que difícilmente se había presentado en el más recalentado de los cerebros, puede llegar hacer, para un pueblo así, en el curso de un solo año, un artículo de su fe política, y nada será más peligroso que juzgar por el estado actual de los espíritus, lo que será el mañana.

Esta observación, sin embargo, no es aplicable a Inglaterra. En Inglaterra la libertad de prensa existe desde hace más de un siglo. Todas las cuestiones que se relacionen con el gobierno de la sociedad han sido, sino tratadas al detalle, al menos develadas. No hay teoría por destructiva que sea del orden actual que no haya encontrado eco en algunos espíritus radicales, que, como los pioneros

de América, avanzan en el desierto y preceden muy lejos de la marcha del pueblo que les sigue.

Aunque una idea determinada no se haya apoderado de la convicción del pueblo inglés, puede contarse con que en algún tiempo hará parte de ella.

Pues, hasta dónde puedo juzgar, y es sobre este punto ante todo sobre el que han versado mis observaciones, la opinión pública inglesa está lejos de haber llegado a la etapa en la que se constituya en amenaza de subversión total y súbita del orden actual de las cosas.

Es fácil observar en Inglaterra un síntoma alarmante, se trata de un espíritu de innovación expandido a todas las clases sociales y que anuncia, más que cualquier cosa, el debilitamiento del principio aristocrático. Lo que distinguía desde antaño al pueblo inglés de los demás pueblos, era una perfecta satisfacción de sí mismo, a sus ojos todo estaba bien, tanto la leyes como las costumbres. Se embriagaba con el incienso que se prodigaba asimismo y se deificaba incluso sus prejuicios y miserias. Ésta disposición orgullosa fue aumentada por los escritos franceses del siglo XVIII, todos los cuales tomaron la palabra a los ingleses y llevaron el elogio más lejos aún.

Al presente todo ha cambiado. En la Inglaterra de nuestros días un espíritu de descontento con lo presente y de odio al pasado se halla en todas partes. El espíritu humano ha caído aquí en el exceso contrario. No busca sino lo que hay de malo en torno suyo y preocupa más de corregir lo que hay de malo que en conservar lo que está bien.

Los ingleses pues se comprometieron en una vía peligrosa, pero incluso allí proceden por cosas de detalle, y de ningún modo han concebido alguna de aquellas ideas generales que anuncian la proximidad de una subversión total del orden existente.

Ciertamente se atacan los privilegios de la aristocracia, es fácil ver que ella pierde a cada paso algo de su fuerza, pero no se procede contra ella más que por la vía indirecta; la opinión pública está lejos de haber tomado partido acerca de la utilidad de la aristocracia en general. Creo incluso que en el estado actual de los espíritus, la mayoría está aún decididamente a favor de los principios aristocráticos desarrollados en forma más o menos consecuente según la disposiciones de espíritu de cada quien.

He explicado antes aquello que ha hecho tan poderosa la aristocracia en Inglaterra. Ese poder aún disminuido es todavía muy grande. Me ha impresionado singularmente, durante mi estancia en este país, el grado en el que el espíritu aristocrático ha penetrado en las costumbres. Es sobre todo en torno a este tema que han versado mis observaciones y he tenido la oportunidad de hacer varias anotaciones que me parecen decisivas.

Charlad con un hombre del pueblo o de las clases medias y encontrareis en él un definido sentimiento de malestar. Se quejara de tal o cual Lord, o de la evolución habida en la Cámara de los Lores, pero no tendrá el aire de quien imagina que puede pasarse sin Lores. Su cólera se dirigirá contra tal individuo en particular, pero no percibiréis en el sino muy raramente ese odio violento y pletórico de envidia que anima en Francia a las clases inferiores contra todo aquello está por encima de ellas. Sentimientos semejantes, es cierto, nacen en lo ingleses, pero aún no se desarrollan. Y estarán lejos de hacerlo todavía si la aristocracia evita entrar en colisión con el pueblo. Poned a hablar a ese mismo hombre sobre el tema del gobierno, se da cuenta bastante bien que debe tener participación en él, pero las ideas de atribuir el gobierno al pueblo no entra en su imaginación.

Del mismo modo entrad en contacto con la clase media: verán el odio contra los aristócratas, pero no contra la aristocracia. Al contrario comprobareis que está llena de prejuicios aristocráticos. Desprecia profundamente el pueblo, ama el ruido, la importancia territorial, los equipajes, vive en la esperanza de poseer todo eso a su turno, tras el velo democrático con que se cubre, y mientras llega su hora, da una librea a su único criado al que él llama Lacayo (Footman) y habla de sus relaciones con el duque X., y de algunos vínculos distantes de familia que lo ligan a tal otro noble lord...

Toda la sociedad inglesa está todavía y de modo evidente edificada sobre un pie aristocrático y ha contraído costumbres que sólo pueden destruir una revolución violenta o la acción lenta y continua de nuevas leyes. El lujo y los placeres de la vida han llegado hacer aquí necesidad de vida. Multitud de ingleses prefieren todavía la oportunidad de procurárselos a la de establecer entre ellos una igualdad universal en la que nada ven a humillarlos.

Voy a consignar en seguida las diversas observaciones positivas que me han convencido de lo que afirmo.

Sabemos que Inglaterra es administrada por jueces de paz que el rey nombra en cada condado. Esos magistrados son todos nombrados entre la clase los propietarios. Hay en este procedimiento dos cosas que golpean singularmente nuestras costumbres democráticas:

La primera, es atribuir exclusivamente la dirección de los asuntos provinciales a los grandes propietarios terratenientes; la segunda es que sea el rey quien los nombre. Ese orden de cosas nos choca no sólo porque está en oposición a nuestras costumbres, sino también porque está en oposición a ciertas teorías generales de la democracia admitida entre nosotros por la mayoría. No ocurre así en Inglaterra. Ciertamente se elevan voces contra este orden de cosas. Los jueces de paz son atacados indirectamente y sobre medidas concretas en multitud de escritos políticos, pero no vemos a grandes corrientes de opinión tomar partido sobre eso. La necesidad de cambio no se hace sentir de una manera general, y el pueblo se deja muy tranquilamente poner impuestos y gobernar por hombres que no nombra y que no son escogidos entre sus filas. Si las ideas y las pasiones democráticas hubieran tomado en Inglaterra el desarrollo que se les atribuye, eso no sería así.

A continuación una observación más concluyente todavía:

No es raro escuchar a un inglés quejarse de la extensión de los privilegios aristocráticos y hablar con amargura de aquellos quienes lo detentan, pero llegad a proponerle el único medio destruir la aristocracia: cambiar la ley de sucesiones y le veréis recular. No he encontrado el primero que haya formulado así sea aproximadamente una idea semejante. En la misma medida en que se encuentran el odio contra los aristócratas, la opinión pública está lejos de considerar con sangre fría la destrucción de la aristocracia.

Más aún, esta ley de sucesiones que viene siendo como la piedra angular de la aristocracia, ha entrado en los hábitos de todas las clases. En Francia el código civil permite dejar al primogénito una parte como hijo, y aún así es raro que el padre lo haga. En Inglaterra la ley no obliga a nadie a hacer substituciones, pero pocos hombres ricos hay que no lo hagan, hasta tal punto el sistema de desigualdad de las fortunas y de la perpetuidad de las familias ha ingresado a la costumbre. En esto, por lo demás, como en cualquier otra cosa el orden de las cosas actual se está erosionando por su base, pero se le ataca indirectamente y no de frente, mediante hechos sucesivos y no mediante principios generales y absolutos. A cada día se ve desaparecer alguna de aquellas sinecuras lucrativas que habían venido siendo distribuidas entre

aquellos hijos menores a las que los instintos aristocráticos de sus padres había desheredado. Cuando los hijos menores no encuentran medio de subsistencia, será menester que los mayores entren a compartir el patrimonio. En cuanto esto la revolución marcha, pero muy lentamente.

El estado de los pobres es la lacra más profunda Inglaterra. El número de pobres aumenta aquí en una progresión sorprendente, que puede ser atribuida en parte a los vicios de la ley. Pero la causa general y primera se halla, según lo veo, en la extrema concentración de la propiedad agraria. En Inglaterra el número de propietarios tiende a disminuir, el número de proletarios aumenta sin cesar en la medida en que la población crece. Semejante orden de cosas junto a la elevación de los impuestos hace que el rico no pueda dar más empleo a los pobres como lo hiciera si una parte de sus ingresos no entrara en las arcas del Estado y por ello tal orden no puede más que generar indefinidamente la miseria. Y bien, he aquí lo que más me ha impactado, esta verdad no sólo no es generalmente admitida sino que no es entendida sino por un pequeño número. El pensamiento de la repartición, aunque gradual y sucesiva de las tierras, como remedio a tantos males, no hace parte de la imaginación del público. Algunos especuladores llegan a concebirla, algunos agitadores la explotan, pero la masa, para gran sorpresa mía, no se ocupa de ello para nada.

Los ingleses se hallan imbuidos aún de esa doctrina, por lo menos discutible, según la cual los propietarios agrarios son necesarios para el perfeccionamiento de la agricultura, y parecen convencidos todavía de que la desigualdad extrema de las fortunas está en el orden natural de las cosas.

Tened en cuenta que no hablé aquí de los ricos, sino de la clase media y aún de una parte de los pobres. Hasta que la imaginación de los ingleses no haya roto con ésta traba no estará en otro orden de ideas, la oportunidad de una revolución violenta será poco de temer, pues por mucho que se diga, son las ideas las que mueven el mundo y no las necesidades ciegas. Por cierto que cuando estalló la Revolución Francesa el espíritu humano entre nosotros había sobrepasado de lejos estos límites.

En resumen, Inglaterra me parece estar en una situación crítica en la cual ciertos acontecimientos, que es posible prever, pueden de un momento otro como colocarla en un estado de revolución violenta. Pero si las cosas siguen su curso natural yo no creo que esa revolución llegue y percibo muchas

oportunidades para que los ingleses puedan modificar su estado político y social, con gran malestar sin duda, pero sin convulsión y sin guerra civil.

He dicho entonces que una revolución violenta es una cosa posible aunque no probable. En efecto cuando el espíritu humano se pone en movimiento en un pueblo es imposible decir de antemano donde se detendrá. Inglaterra tiene, además, independientemente de los peligros de la reforma, otros que pueda aumentar singularmente aquellos: una gran crisis financiera causada por la bancarrota, un incremento de la miseria actual causada por la prolongación de las leyes actuales sobre los pobres y el medio de la agitación por la reforma, podrían dar a las pasiones populares un ímpetu que es difícil de prever.

Pero el mayor peligro provendrá de la conducta que observe la aristocracia. Por ahora la Cámara de los Lores está aislada y no puede poner una resistencia eficaz al movimiento de reforma. Pero llegará un momento en que el partido popular, ganando terreno, hará el movimiento más rápido y el resultado final de la revolución aparecerá a ojos de todos. Entonces los Lores encontraran en el país un apoyo que ahora les falta, toda la aristocracia secundaria y todos aquellos que tienen un interés positivo en el mantenimiento de orden actual querrán hacer causa común con la alta nobleza. Es de temer que la aristocracia intente oponerse por la fuerza a la corriente irresistible de las ideas nuevas. Una vez establecida la lucha es imposible decir donde se detendrá el partido vencedor, pues los ingleses son un pueblo muy violento, aunque reflexivo.

En esa circunstancia además, la fuerza ciega de la clase baja encontrará allí una guía en las luces de las clases medias, que hasta el momento se alejan de ella con terror y disgusto.

Se puede ver en Irlanda un puente llamado Carrick Horn, hecho de cuerdas y elevado más de cien pies sobre el océano. Solamente uno que otro pescador de los alrededores se arriesga a transitar sobre ese tembloroso puente y los forasteros que lo ven, así suspendido sobre el mar, no puede evitar creer en su inevitable pérdida. Es sin embargo muy probable que llegará sano y salvo la otra orilla, pero si en su peligroso viaje el pescador es sorprendido por un huracán o si le falta habilidad y sangre fría, infaliblemente se precipitará en el abismo. El pueblo inglés se asemeja mucho en este momento al pescador del Carrick Horn...

VIAJE A IRLANDA E INGLATERRA DE 1835, IDEAS, OPINIONES, RELATOS Y CONVERSACIONES.

Notas tomadas durante la estancia en Londres (8 de mayo a 24 de junio de 1835)

El espíritu francés es el de no querer superiores. El espíritu inglés es el de querer inferiores. El francés eleva la vista sin cesar por encima de sí con inquietud. El inglés la baja por debajo suyo con complacencia. Se trata de orgullo, en ambos casos, pero entendido de manera distinta...

¿Cuál es la razón de esto? Proveniría de que, en una sociedad democrática, no estando muy marcadas las diferencias, cada uno desesperado de ubicarse en un punto visible de la jerarquía social y sobrepasar a todo el mundo, quisiera menos que nadie lo sobrepasen. Si esto fuera así, el orgullo inglés sería natural al hombre, el orgullo francés obedecería una causa particular: consistiría en no hacer lo que se desea y reducirse a un mal menor. Esto debe profundizarse.

Este efecto no proviene solamente de que el inglés esté acostumbrado a la idea de que puede elevarse y el francés no. El uno para hacer algo debido destruirá a quienes estén sobre él, el otro ha debido ganarse ese elevado nivel. (8 de mayo de 1835).

Centralización:

Lord Minto me dijo hoy (24 de mayo de 1835): *"no hay que imitar nuestro sistema administrativo pues es muy deficiente: reside casi por entero en los jueces de paz, magistrado todos irresponsables y provistos de funciones gratuitas"*. Varias veces volvió sobre la misma idea que he escuchado expresada por varios miembros de la aristocracia del partido Whig: síntoma de democracia y de descentralización.

Conversación con John Stuart Mill sobre el mismo tema (26 de mayo de 1835)

P. - ¿No piensa usted que la tendencia de este país es hacia la centralización?

R.- Sí.

P. -¿No le alarma a usted esta tendencia?

R. - No, pues espero que ella no nos conduzca muy lejos. La centralización es hasta el presente lo más extraño al espíritu inglés:

1. Los hábitos o la naturaleza de nuestro espíritu no se inclina a las ideas generales: ahora bien la centralización reposa sobre ideas generales al fundamentarse en el deseo de satisfacer, de una manera uniforme y general, las necesidades presentes y futuras de la sociedad.

Jamás hemos mirado el gobierno desde un punto de vista así de elevado. De ese modo hemos dividido hasta el infinito las funciones administrativas y las hemos hecho independientes una de otras. No lo hemos hecho por cálculo sino por la dificultad de concebir ideas generales en materia de gobierno, como en las demás materias.

El espíritu inglés ha sido hasta ahora el de dejar lo más libre posible al albedrío de cada cual según su conveniencia. El gusto de someter a los otros a un cierto modo de existir que se juzga más útil de lo que ellos mismos creen es poco difundido en Inglaterra. Atacamos las instituciones comunales y provinciales actuales porque sirven de instrumento a la aristocracia; quitando el poder a nuestros adversarios pensamos naturalmente en revestir de él al gobierno puesto que ya nada está preparado en las instituciones actuales para heredar ese poder. Pero si la democracia estuviera organizada en nuestras comunas y en nuestros condados de manera que pudiera gobernar, estoy persuadido que la mantendríamos muy independiente del poder central. Tal vez se la ensaye muy tarde y por transacción, se enriquecerá al gobierno con los principales despojos de la aristocracia.

P.- ¿ Ese que usted llama "*el espíritu inglés*" no será el espíritu aristocrático? ¿ Y no será el espíritu aristocrático de aislarse y de temer más el ser perturbado en su disfrute que el desear que se extienda a los otros? ¿ El instinto de la democracia no será el contrario y la propensión actual que usted considera accidental no será una consecuencia casi necesaria de la gran causa?

R. - Esas son ideas que no se le han planteado aún a mi intelecto y que merecen ser examinadas con detenimiento. Admito su justeza, pero creo que debe ser modificadas por eso que yo llamo el espíritu inglés, pues dicho espíritu me parece distinto del aristocrático.

2 -- Birmingham. (25-30 de junio de 1835).

Encontramos aquí tan buena acogida como en Londres; pero son dos sociedades que casi no se parecen. Las gentes de aquí no tienen un momento

para sí mismas. Trabajan como si llegaran a ser ricos esta noche y fueran a morir mañana. Son en general hombres muy inteligentes, pero a la manera de los americanos. La ciudad misma no tiene ninguna analogía con las demás ciudades de provincia inglesa, se compone toda ella de calles semejantes a las de Faubourg Saint Antoine de París. Es un inmenso taller, una gran forja, un vasto almacén. No se ven sino gentes de negocios, con caras ennegrecidas por el humo. No se escucha sino el ruido de las martinets y el silbido de vapor que escapa de las calderas. Se diría en el interior de una mina de nuevo mundo: todo aquí es negro, sucio y oscuro, aunque reluce a cada instante la planta y el oro.

ESTADO SOCIAL, MORAL Y POLÍTICO DE LAS CLASES EN BIRMINGHAM.

(29 julio de 1835)

Entrevista con el Señor Carter, abogado.

P.- ¿Cuál es la opinión dominante en Birmingham?

R. - La opinión de la gran mayoría es radical.

P.- Habla usted de los manufactureros y de los obreros al mismo tiempo?

R. - De unos y otros.

P. - ¿Tiene usted conocimiento de lo que ocurrió en la época de la gran unión política de Birmingham?

R. Sí. Esa unión, sobre todo en la época de la tentativa del duque Wellington de ingresar al ministerio, abarcó a casi toda la población de Birmingham. Había entonces la determinación de marchar sobre Londres. Si la ley de reforma³ no hubiese sido aprobada, los fabricantes de las armas habían aportado sus fusiles, el impulso era irresistible. Estoy convencido que fue la evidencia de ese peligro la que llevó a los Tories a dar su asentimiento a la

³ Ante el rechazo por la Cámara de los Lores del proyecto de reforma electoral y la negativa de Guillermo IV de hacer un cambio en la Cámara de los Lores, dimitió el Ministerio Grey. El rey encargó entonces al duque de Wellington la formación de un ministerio Tory, pero la agitación del país y en particular las amenazantes peticiones de Birmingham y Manchester lo hicieron renunciar a su vez. Finalmente la ley fue aprobada por los Lores y promulgada.

ley. A Birmingham lo separan apenas 111 millas de Londres, y la opinión era favorable a esa movilización.

P. ¿ Se han reformado las uniones políticas desde entonces?

R. Comenzaron a reformarse bajo el último ministerio de Robert Peel, pero ahora prácticamente no existen, en este momento nuestra población se ocupa muy poco de política. Pero aprendió a conocer su poder. La existencia de la población obrera de 150.000 almas aglomeradas cerca de la capital y que posee en su seno un gran depósito de armas es un hecho muy grave.

P. ¿ Hay una clase de gente desocupada en Birmingham?

R. No. Todo el mundo trabaja en hacer fortuna. Una vez hecha se va a disfrutarla en otra parte.

Manchester, 2 de julio de 1835.

La gran ciudad manufacturera de los tejidos, hilos y algodones, así como Birmingham lo es de manufacturas de hierro y acero.

Circunstancia favorable: está cerca del mayor puerto de Inglaterra, que es el puerto de Europa mejor ubicado para recibir con mayor seguridad y en poco tiempo las materias primas de América. A su lado las más grandes minas de carbón para hacer trabajar a bajo costo sus máquinas. A 25 leguas el lugar del mundo donde se fabrican las mejores de esas máquinas. Tres canales y un ferrocarril para transportar hacia toda Inglaterra y hacia todos los puntos del globo sus productos. A la cabeza las manufacturas, la ciencia, la industria, el amor a la ganancia, el capital inglés. Entre los obreros, hombres llegados de un país (Irlanda) en el que las necesidades del hombre se reducen casi a las del salvaje y que pueden trabajar a un precio muy bajo, y que haciéndolo fuerzan a los obreros ingleses que quieren competir a ser como ellos. Así se reúnen las ventajas de un pueblo pobre y de un pueblo rico, de un pueblo ilustrado y un pueblo ignorante, de la civilización y de la barbarie.

¿ Cómo sorprenderse que Manchester, que cuenta ya con 300.000 almas crezca sin cesar y con una rapidez prodigiosa?

Otras diferencias entre Birmingham y Manchester.

Orden más imperfecto en Manchester que en Birmingham. Ausencia casi completa de gobierno, 70.000 irlandeses (contra 5.000 en Birmingham) y una masa de pequeños arrendatarios hacinados en la misma casa. En Birmingham, casi todas las casas ocupadas por una sola familia; en Manchester una porción de la población en cavernas húmedas o muy calientes putrefactas y malsanas: trece o quince individuos en una sola. En Manchester, aguas estancadas, calles mal pavimentadas o sin pavimentar. Lugares de esparcimiento insuficientes, cosas todas desconocidas en Birmingham. En Manchester algunos grandes capitalistas, miles de obreros pobres, poca clase media. En Birmingham pocos grandes manufactureros, multitud de pequeños industriales. En Manchester los obreros reunidos por miles en las manufacturas. En Birmingham los obreros trabajan en sus casas o reunidos en pequeños talleres en compañía del propio maestro. En Manchester se requieren mujeres y niños, en Birmingham particularmente hombres y pocas mujeres. Según afirman los propios habitantes de Manchester, la población obrera de Birmingham es más saludable, más limpia, más ordenada y moral que la de Manchester.

Aspecto exterior de Manchester.

Una planicie ondulada, o mejor una reunión de pequeñas colinas. Al pie de las colinas un río de poca longitud (el Irwell) que corre lentamente hacia el mar de Irlanda. Dos riachuelos (el Medlock y el Irk) que corren por entre las desigualdades del terreno y después de mil vueltas van a desembocar al río. Tres canales hechos por la mano del hombre vienen a unir en un mismo esas aguas tranquilas y perezosas. Sobre ese terreno pantanoso, que la naturaleza y el arte han contribuido a regar son lanzados, al azar, palacios y chozas. Todo en la apariencia exterior de la ciudad atestigua la potencia individual del hombre, por ninguna parte el poder regulador de la sociedad. La libertad humana revela aquí a cada paso su fuerza caprichosa y creadora, por ninguna parte se muestra la acción lenta y continua del gobierno. Treinta o cuarenta manufacturas se elevan en la cima de las colinas que acabo de describir, sus seis pisos desafían el aire, su inmenso recinto anuncian a lo lejos la centralización de industria. Alrededor de ellos y como sembradas al azar las endeble viviendas de los obreros pobres. Entre ellas se extienden tierras incultas, que, careciendo de los encantos de la naturaleza campestre, tampoco presentan los ornamentos de la ciudad. La tierra ha sido ya removida, entreabierta por mil partes, pero no está cubierta con las construcciones del hombre. Son las parcelas de la industria. Las calles que unen unos a otros los miembros todavía dispersos de la gran ciudad, presentan como el resto, la imagen de una obra prematura e incompleta; esfuerzo una población atenta

ante todo a la ganancia, que busca amasar oro para tener de un solo golpe todo lo demás, y mientras tanto, desprecia los placeres de la vida. Alguna de esas calles son pavimentadas, pero la mayor parte de ellas son terrenos desiguales y fangosos en las que se hunde el pie del peatón o el carro del viajero. Montones de inmundicia, restos de edificios, charcos de agua estancada y maloliente se ven aquí y allá al lado de las viviendas o en la superficie erosionada y perforada de las plazas públicas. Por ninguna parte ha pasado aun el nivel del geómetra o la cuerda del agrimensor.

En medio de este laberinto infecto, en medio de esta vasta y sombría cantera de ladrillos se observan de vez en cuando, bellos edificios de piedra cuyas columnas por corintias sorprenden la vista del observador. Se diría una ciudad de la edad media en medio de la cual se despliegan las maravillas del siglo XIX. Pero, ¿quién podría describir el interior de esos barrios ubicados al azar, receptáculos del vicio y de la miseria y que envuelven y cierran con sus horrores los vastos palacios de la industria? Sobre un terreno más bajo que el nivel del río y dominado por todas partes por los inmensos talleres, se extiende un suelo cenagoso al que los fosos y trazados de trecho en trecho no han logrado ni desecar ni sanear. Allá llegan callejuelas estrechas y tortuosas, a las que bordean casuchas de un solo piso, cuyas tablas mal ubicadas y cuyos ladrillos rotos anuncian de lejos que se trata del último asilo que pueda ocupar el hombre entre la miseria y la muerte. Así y todo, los seres desafortunados que ocupan estos productos suscitan la envidia de algunos de sus semejantes. Por debajo de sus miserables viviendas se encuentra un corredor de cavernas a la que conduce un pasaje semi-subterráneo. En cada uno de esos lugares húmedos y repulsivos se hacinan doce o quince criaturas humanas.

Justo alrededor de este asilo de la miseria, uno de los riachuelos de los ya he mencionado arroja de cuando en vez sus aguas turbias y fétidas a las que los residuos de la industria han teñido de mil colores. Mirándolo desde lo alto de sus riveras escarpadas parece como si abriera penosamente el paso en medio de los desechos del sueño, de las viviendas ruinosas o de las ruinas recientes. Es el Styx⁴ de este nuevo infierno. Levantad la cabeza y justo alrededor de este lugar veréis elevarse los inmensos palacios de la industria. Escuchareis los ruidos de los hornos y el silbido del vapor. Estas inmensas construcciones impiden penetrar el aire y el sol a las viviendas humanas que las rodea, la circunda de una niebla perpetua, aquí está el esclavo, allá el amo, allá la riqueza de unos pocos, aquí la miseria del gran número, allá las fuerzas

⁴ Styx, río del infierno en la Divina Comedia de Dante.

organizadas de una multitud que produce en beneficio de uno de aquellos que la sociedad no ha sabido dar; aquí la debilidad individual se muestra más débil y más desprovista aunque en medio del desierto, aquí los efectos, allá las causas.

Un humo negro y espeso cubre la ciudad. A su través el sol parece como un disco sin rayos. En medio de ese día imperfecto se agitan sin cesar 300.000 criaturas humanas. Mil ruidos se elevan sin cesar en medio de este laberinto húmedo y oscuro, pero no son los ruidos ordinarios que salen de las grandes ciudades.

Los pasos de una multitud ocupada, el chirriar de las ruedas que frotan contra otra su circunferencia dentada, los silbidos del vapor que se escapan de la caldera, el pesado rodar de los carros de transporte, tales sólo ruidos que golpean intensamente vuestro oído en esas calles sombrías y apenas iluminadas. Por ninguna parte escuchareis los pasos del caballo que conduce al rico a su vivienda o a sus placeres. Por ninguna parte los gritos de alegría, los estallidos de placer, la armonía de los instrumentos que anuncian un día de fiesta. Por ninguna parte veréis ocioso al ocioso pasearse por las calles de la ciudad o buscar las sencillas alegrías de la cantina circundante; una multitud recorre sin cesar la ciudad en todas las direcciones, pero sus pasos son bruscos, sus miradas distraídas, su aspecto rudo y sombrío. El ruido de las ruedas hace resonar ecos por toda la ciudad.

Es en medio de esta cloaca infecta que el mayor río de la industria humana tiene su fuente y va a fertilizar el universo. De este charco putrefacto brota el oro puro. Aquí el espíritu humano se perfecciona y a la vez se embrutece, la civilización produce sus maravillas y el hombre civilizado vuelve a ser casi salvaje.

Manufacturas

El movimiento que impulsa a los hombres del campo a las manufacturas me parece que jamás ha sido tan vivo como en el presente. El comercio prospera y la agricultura decae. Se nos ha dicho en Manchester que una multitud de gente de campo comienza llegar a sus alrededores. Por pocos elevados que sean los salarios les parece un mejoramiento del estado actual.

Liverpool (5 de julio de 1835)

Ciudad destinada a ser el centro del comercio inglés. Puerto de pescadores hace tres siglos, pequeña ciudad hace 70 años. El comercio de esclavos fue la fuente de su grandeza comercial. Transportaba esclavos a las colonias españolas a un mejor precio que cualquiera otra. La fundación de los Estados Unidos, el desarrollo las manufacturas en Manchester y Birmingham, la extensión del comercio de Inglaterra a todas partes hicieron el resto.

Bella ciudad Liverpool, la miseria es casi tan grande como la de Manchester pero es oculta. 50.000 pobres viven en sus covachas. Y además 70.000 irlandeses católicos.

Revisada: VIII-2003.